

López Figueroa, ex-inspector de Policía, que se decía portador de una comunicación que enviaba el Presidente Madero.

Se anunció la visita del Mayor López Figueroa y el señor General don Manuel Mondragón salió á recibirlo. Como algunos oficiales que se agruparon en torno de estos caballeros indicara que el señor López Figueroa debía entregar sus armas, éste puso en manos del General Mondragón una pistola Colt reglamentaria, calibre treinta y ocho, pasando más tarde al interior de los almacenes.

El Inspector de Policía quedó en calidad de prisionero de guerra, y se le hizo conocer que su libertad dependía de la suerte que corriera el señor General don Gregorio Ruiz, que había sido hecho prisionero en el Palacio Nacional.

López Figueroa escribió, dándole cuenta del hecho al señor Presidente de la República, y, no obstante que uno de los más adictos partidarios al Gobierno se encontraba en rehenes, el señor general don Gregorio Ruiz fué fusilado despiadadamente.

A la Ciudadela llegó la triste noticia de la muerte del veterano militar, y, no obstante que varios de los revolucionarios pedían fusilar al Mayor López Figueroa, para vengar al General Ruiz, el señor General Díaz se opuso terminantemente á ello.

El Inspector General de Policía fué alojado en uno de los almacenes de la planta baja, con el General Dávila y otros prisioneros, rodeados de garantías.

La noche se aproximaba lentamente. . . .

La fortaleza estaba erizada de cañones, y, á la luz de la luna, lanzaban pálidos refle-

jos los marrazos de los fusiles, que descansaban recargados uno sobre otros, formando pabellones, al lado de los defensores de la fortaleza.

Nadie durmió aquella noche. Las avanzadas enviaban constantemente partes de "no hay novedad."

Preliminares de la lucha

El Presidente de la República, desde que llegó á Palacio, se puso á conferenciar con sus Ministros sobre las medidas que deberían tomarse en esos difíciles momentos. Después de comunicada la noticia del fusilamiento del señor General Ruiz, y de la prisión del Mayor López Figueroa, el Primer Magistrado y sus consejeros acordaron concentrar en la capital las columnas que se encontraban batiendo á los rebeldes del Norte, del Sur y del centro de la República, para atacar á los felicistas, que se encontraban parapetados en la Ciudadela.

A las dos de la tarde, el señor Madero salió de Palacio, acompañado de varios de sus ayudantes y escoltado por guardias presidenciales, con dirección á la ciudad de Cuernavaca, para conferenciar con el señor General Angeles, jefe de la columna que operaba en el Estado de Morelos.

¿Cuál era el objeto de ese viaje? ¿Preparar la retirada? O bien, el señor Francisco Madero fué á Cuernavaca para estar dispuesto á venir á atacar, con los hombres de la columna del señor General don Felipe Angeles á los felicistas, á los que era de suponerse vencedores si se decidían á tomar el Palacio Nacional la misma noche del domingo del levantamiento, pues que el Gobierno estaba totalmente desprevenido y sólo contaba con los cadetes del Colegio Militar y con unos cuantos hombres de la gendarmería montada?

Los felicistas no atacaron esa noche, sin

duda alguna por la espera de elementos de guerra que vinieran á cooperar al levantamiento en esta misma ciudad.

En la Ciudadela se creía lo mismo que en el Palacio Nacional, que el pueblo tomaría parte activa en la contienda, pidiendo armas para inclinarse á un lado ú otro; pero el pueblo dió muestras de estar escarmentado, por los sangrientos sucesos de la mañana del domingo 9.

La noticia de la hecatombe, que habían consumado las ametralladoras desde las azoteas del Palacio Nacional, había sido de un efecto retrayente para las multitudes. Puede ser que pasen años y que no volvamos á ver ningún levantamiento popular por este mismo motivo.

La situación del país quedaba comprometida por la determinación de reconcentrar las fuerzas en México, pues se iban á quedar centenares de poblaciones en poder de los bandidos, ó bien á caer en manos de las partidas de rebeldes.

¿Se tuvo en cuenta esta consideración, y, no obstante, se dictó la rápida concentración de destacamentos en esta ciudad?

Seguramente que sí; pero el gobierno se veía imposibilitado para intentar un asalto sobre la Ciudadela con los trescientos hombres que tenía á su disposición. La Ciudadela estaba tomada y no había otro remedio que continuar los errores, añadiendo otros que eran fatales para la gente indefensa de los campos y de las poblaciones pequeñas.

Ante todo, decía el Gabinete del Gobierno maderista, hay que salvar la legalidad.

¡Oh, la legalidad que había que sostener,

era una mentira que serviría para sacrificar á millares de hombres! ¡La legalidad que no sabía sostenerse, que era incompetente, nula; que sólo se sostenía por un milagro de equilibrio! ¡La legalidad sostenida por hombres débiles y por ambiciosos sin talento, y sin fuerza, y sin elementos!

Antes de la salida del Presidente Madero se había acordado, en el mismo consejo de ministros, nombrar al señor General don Victoriano Huerta, jefe de las fuerzas del Gobierno.

El domingo pasó en medio de incertidumbres y temores, pues se creía que de un momento á otro se libraría un sangriento combate; pero no fué así, pues el Gobierno contaba con un escaso número de fuerzas y esto lo obligó á ordenar la reconcentración de tropas.

Cerca de las tres de la tarde del mismo día llegaron, procedentes de la Villa de Guadalupe, los rurales del duodécimo cuerpo, que inmediatamente relevaron á los alumnos del Colegio Militar, que se encontraban haciendo servicio de vigilancia en las bocacalles.

El eco de los disparos, hechos en la Ciudadela cerca de las cinco de la tarde, llegó hasta los más apartados barrios de la ciudad, sembrando indescriptible pánico.

A las siete de la noche todos los habitantes de la ciudad de los Palacios, se habían recogido en sus hogares. Los teléfonos funcionaban interminablemente, y á través de sus hilos pasaban noticias más ó menos alarmantes, ninguna consoladora.

Toda la noche fué de angustias para la ciudad. Sin embargo, al día siguiente, lunes,

la calma comenzó á renacer, no sin dejar de abrigarse el temor de un inminente combate.

Obedeciendo al llamado del Gobierno, llegaron fuerzas rurales procedentes de Celaya, Guanajuato y San Juan Teotihuacán, y del Estado de Puebla; igualmente llegaron el octavo cuerpo rural, al mando del Teniente Coronel Luis Medina Barrón, y el trigésimo, al mando del Capitán González.

La curiosidad venció el temor, y las calles se veían inundadas de personas que, ávidas de noticias, inquirían aquí y allí por el desarrollo de los acontecimientos.

Por las calles de Bucareli, el paso era impedido por las avanzadas felixistas, que ya habían ocupado posiciones estratégicas.

Con motivo de la aprehensión del señor Mayor don Emiliano Figueroa, Inspector General de Policía, se nombró en su lugar al Mayor de Caballería don Benjamín Camarena, que había formado parte del Estado Mayor del señor General Huerta, cuando este militar mandaba la división del Norte.

Mientras tanto, los rebeldes de la Ciudadela continuaban parapetándose. Se decía que el señor López Figueroa había sido fusilado en el interior del baluarte felixista.

La gran mayoría de la población no sabía noticias exactas, pues aunque *The Mexican Herald* las publicara, el desconocimiento de la lengua impedía á esa gran mayoría darse cuenta de ellas.

De Tetela llegaron más fuerzas, cerca de las cinco de la tarde, hora en que el señor General Huerta, con su carácter de Comandante Militar de la Plaza, distribuyó el mando de las columnas de ataque á los señores Generales

Mass, Sanginés, Cauz, Delgado y Teniente Coronel Ocaranza.

Cerca de las seis de tarde regresó á la capital, de la ciudad de Cuernavaca, el señor Presidente Madero, acompañado de la columna del Brigadier Felipe Angeles, formada de cerca de mil quinientos hombres, con varias piezas de artillería.

La voz de la calle aseguraba que el Presidente Madero había enviado al cabecilla revolucionario Emiliano Zapata, la cantidad de cien mil pesos, con la condición de que no ayudara el movimiento encabezado por los señores General Díaz y Mondragón.

Lentamente fué tarnscurriendo el lunes. Pequeños piquetes de soldados, que estaban de destacamento en poblaciones cercanas, habían ido llegando. En el rostro moreno del soldado se veía un gesto de infinita tristeza; su corazón fuerte se resistía á pelear en contra del hermano; pero la disciplina y la ordenanza así se lo exigían.

Llegaron algunas otras tropas á la media noche. El señor General Huerta estaba formulando un plan de ataque á la Ciudadela. El señor General don Guillermo Rubio Navarrete, que estaba en Querétaro, se trasladó á esta capital, considerando que su deber le reclamaba en México, y sin que nadie le llamara, llegó y se puso á las órdenes del Gobierno, no obstante su filiación de antimaderista.

Llegó el día siguiente. La ciudad no daba señales de vida. Se abrigó la creencia de que el Gobierno había entrado ya en conferencias con los rebeldes, y que la situación quedaría definida en breve tiempo.

Pero todas estas esperanzas rodaron por

tierra al escucharse los primeros cañonazos, á las diez y minutos de la mañana.

El señor General don Victoriano Huerta había preparado, desde la noche anterior, un plan de ataque, que se aprobó en la junta militar de guerra celebrada ese día, con los jefes á su mando, generales José Delgado, Cauz, Sanginés, Mass, Felipe Angeles, Coronel Castillo, jefe del séptimo batallón, y Teniente Coronel Ocaranza.

En esta junta de guerra se acordó que el ataque á la Ciudadela se haría por cuatro columnas, que estarían situadas á los lados Norte, Sur, Este y Oeste del baluarte felixista. Estas columnas estarían al mando de los Generales Cauz, Delgado, y Coronel Francisco Romero.

El primer intento de asalto

La columna del Norte estaba al mando del General Mass; la del Sur al del General Cauz, y las del Este y Oeste, estaban mandadas por los Generales Delgado y Angeles, respectivamente.

Las posiciones de los felixistas, antes de que empezara el combate, comprendían todos los edificios de los alrededores de la Ciudadela, como Belén, Parque de Ingenieros y algunos otros de considerable altura. Las avanzadas revolucionarias estaban situadas á tres y cuatro cuadras de radio de la Ciudadela.

Las tropas del Gobierno rodeaban la Ciudadela á una distancia de seis ó siete calles más allá de las que ocuparan las avanzadas felixistas. Las piezas de artillería de las cuatro columnas del Gobierno, se hallaban al lado Poniente de la Alameda, en la Rinconada de San Diego; en la Estación de Colonia, y en algunos otros puntos.

Los defensores de la Ciudadela, descubrieron uno de los cañones de los gobiernistas y dispararon un certero cañonazo sobre el, generalizándose el fuego.

El General Mass, jefe de la columna del Norte, logró emplazar una pieza en la bocacalle de Balderas, que inmediatamente fué destruido por un certero cañonazo de la Ciudadela. Por el Sur y Oeste se emplazaron dos cañones en la misma dirección de los felixistas.

Se ordenó el avance, cerca de las doce del día, de la columna que operaba por el lado

Norte. El Coronel Castillo, jefe del séptimo Batallón iba al frente de la columna; las ametralladoras de los felixistas hacían muchas bajas en las filas enemigas, y el jefe del séptimo Batallón cayó muerto por una bala.

Inmediatamente tomó el mando del Batallón el Teniente Coronel Alatríste.

La columna tuvo que replegarse en vista del fuego certero con que lo recibía. El Coronel Francisco Romero, Presidente de la Cámara de Diputados dictaba órdenes, de acuerdo con el General Mass á la columna del Norte.

El combate era sangriento.

La Artillería de la columna al mando de los Generales Angeles y Caus no podían funcionar, pues faltaban granadas.

Belem estaba en poder de los soldados del Batallón de Seguridad que se había pasado á manos de los federales y de éstos á los rebeldes.

El señor General Mondragón dirigía el combate por el Norte y Oeste de la ciudad, y el General Díaz por los lados Este y Sur. Una de las baterías que estaban al mando de éste jefe causó bajas en las filas enemigas, y aniquiló casi por completo el treinta y nueve Batallón.

El alcance de las balas durante el bombardeo fué mayor del que desearan los combatientes. Llegaban las granadas á considerables distancias, causando estragos en personas y hogares de los no combatientes.

Los perjuicios y desperfectos sufridos fueron numerosos, y principalmente en las calles de Balderas y Rinconada de San Diego.

Hasta el Hospital Juárez, que se encontraba plétórico de heridos llegaban verdaderas

lluvias de balas. Cerca de las doce cayeron varias metrallass, que causaron desgracias personales, resultando heridos practicantes y doctores.

Una ametralladora que estaba emplazada en una azotea de la calle de San Diego fué desmontada por los felicistas, yendo á causar serios perjuicios las balas dirigidas á aquel sitio en un edificio de la Avenida de los Hombres Ilustres, frente al templo de San Hipólito, y en el relox de este templo, cuya carátula del frente fué destruida por las balas.

El combate se hacía cada vez más encarnizado. El matraqueo de la ametralladora era opacado de tiempo en tiempo por el imponente ruido del cañón.

La columna del Norte no abandonaba su intento de avanzar á la Ciudadela, pero las bajas que les causaran las balas del enemigo hizo replegrse y desistir de su empresa.

Cerca de las doce y media un centenar de rurales trataron de pentarar por las calles de Balderas con direcci6n al baluarte rebelde, pero una ametralladora barrió á caballos y ginetes que fueron á estrellarse contra las banquetas y paredes.

Cerca de las seis de la tarde, por acuerdo tácito de los combatientes cesó el fugo y se levantó el campo. Por las calles se veían cruzar con rapidéz asombrosa, automóviles de las Cruces Blanca y Roja conduciendo á los Hospitales ó puestos de socorro más inmediatos, á los muertos y heridos de aquel combate que duró ocho horas continuas.

Cerca de las seis de la tarde llegó á la capital, atendiendo á una orden de la Secretaría de Guerra, el señor General D. Gui-

llermo Rubio Navarrete, que fué nombrado Comandante General de Artillería. A este pundonoroso militar le debe la ciudad mucho, pues se negó á bombardear la Ciudadela, cosa que hubiera ocasionado graves perjuicios á la poblaci6n. Su actitud mereció un aplauso unánime.

Durante el día llegaron por varias estaciones fuerzas de Cuernavaca y de Puebla.

No había granadas, y las pocas que trajeron consigo las fuerzas llegadas el día anterior se habían disparado ya.

Las primeras disposiciones del General Rubio Navarrete, fueron fabricar granadas, lo que con muchas dificultades pudo hacerse. Tres mil granadas se fabricaron únicamente: se di6n órdenes de que el parque que estaba distribuido en diferentes lugares de la República fuera trasladado á la capital á la mayor brevedad posible.

El señor General Blanquet, que era esperado en esta capital, de un momento á otro, Envió desde Toluca un mensaje al Presidente Madero en el cual protestaba de la especie que se había propalado respecto á que había defeccionado. El Sr. Madero contestó á dicho jefe militar diciéndole que nunca había dudado de su lealtad y que ya mandaba hacer las rectificaciones que deseaba.

En medio de una sosobra sin límites llegó la noche. Las fuerzas combatientes continuaban en sus mismas posiciones, y se preparaban al combate del día siguiente, haciendo todos los dispositivos que el caso requería.

Lo horrible

Había sonado la hora suprema de las reivindicaciones; la ciudad presentaba un aspecto sombríamente triste; las calles estaban mudas y desiertas; aquí y allá se miraban los muros de un hermoso palacio clareados por las balas de los fusiles y ametralladoras; en mitad del arroyo un caballo ó una acémila muertos eran pasto de enlutadas moscas, que revoloteaban con vuelo trágico en redor de sus carnes ya en estado de putrefacción; el comercio, con sus puertas cerradas á piedra y lodo, daba una pincelada dolorosa en el cuadro luctuoso que representaba á la ciudad en estado agónico.

Los árboles de los jardines y paseos públicos entrelazaban tristes y medrosos sus recios ramazones que empezaban á verdear con frescas hojas; todo indicaba desolación y luto. Las aves cruzaban el espacio raudas y veloces llevando consigo la alegría ya muerta de los campos y bosques.

El eco del cañoneo no cesaba ni un instante; la carátula del reloj de San Hipólito semejaba el blanco de tiradores; el silbido de las balas, el incesante ruido de la ametralladora y el sepulcral mutismo de las calles desiertas, inyectaban al espíritu el dolor más acerbo, la desesperación más profunda, el horror á la muerte y el amor á la vida. Vivir queríamos todos, no obstante que contemplábamos el cuadro más horrible que hubiera podido concebirse.



Señor General don Victoriano Huerta.

Nuestros ojos se habían habituado ya á leer diariamente con grandes caracteres en las columnas de los periódicos de información, noticias de que los zapatistas habían asaltado éste ó aquel pueblo; que habían saqueado los comercios, vejado á los vecinos, matado á las primeras autoridades y marchitado la honra de las más hermosas chicas del lugar.

El espíritu ya se había hecho a qué! medio; y lo que en un principio asombrara pasó á figurar en la lista de las vulgaridades.

Los temores de que la población cayera de un momento á otro en poder de las huestes del Atila del Sur, como llamaran á Emiliano Zapata los mismos periódicos, habían desaparecido, no por lo infundado de la versión no por lo ilógico del suponer, sino porque se creía una temeridad incapaz de zapatistas acostumbrados á hacer de las suyas en poblaciones pequeñas y desguarnecidas.

Hubo razón, y no poca, del pánico que se apoderó de los habitantes de la capita., desde que se tuvieron las primeras noticias de que ésta había sido tomada por los felixistas; no se temió por las haciendas sino por los estragos del combate; la vida en constante peligro, era la aflicción de todos los no combatientes.

Horror indescriptible en su más alta concepción se había apoderado de los espíritus débiles y fuertes. La tensión nerviosa era insoportable.

Y por las calles mudas y desiertas cruzaban patrullas de gendarmes ó soldados, reve-

lando sus rostros la tristeza de sus almas varoniles y fuertes.

Nadie se atrevía á salir de su casa por temor de que una bala traicionera pusiese fin á su existencia; pero la necesidad de vivir obligaba á abandonar el rincón más apartado del hogar para ir en busca del pan de la familia.

Y no era extraño ver que uno de aquellos resignados hombres, que con el corazón hecho pedazos se apartaban de la esposa y de sus hijos, cayera herido mortalmente al cruzar una bocacalle.

La muerte se servía trágicamente sobre la ciudad de los palacios; las campanas de los relojes sonaban lúgubrememente; el sol iluminaba con sus tibios rayos aquel cuadro doliente; caras femeninas, densamente pálidas, atizaban detrás de una vidriera, temerosas.

El silencio de las calles era interrumpido de vez en cuando por el ruido que producían los cascos de los caballos al tropezar con las piedras; uno que otro atrevido curioso, trataba de mirar con unos gemelos, lo que la distancia le ocultaba.

El primer día, el domingo 9, todos abrigan la esperanza de que á las pocas horas todo quedaría solucionado; pero llegó la noche. Los rebeldes se habían apoderado de la ciudadela; se habían hecho allí fuertes; el baluarte estaba erizado de cañones. El Gobierno á su vez, estaba fortificado en Palacio y se habían dado órdenes de que tropas de todas partes de la República se concentraran á fin de desalojar á los alzados.

Siguió el lunes, día de calma, y de des-

velo expectante.

El martes principió el cañoneo cegando vidas. Honda desilución hirió las almas. Y con la esperanza en el futuro día, así pasaron miércoles, jueves, viernes y sábado.

Desde el martes poderosos automóviles cruzaban con veelocidad vertiginosa las principales arterias de la capital, llevando á bordo miembros de las humanitarias Cruces, que abandonando todo prejuicio y de la manera más desinteresada, cumplieron su misión, bajo lluvias de balas recogían á los muertos y heridos, en su mayor parte curiosos.

El Paseo de la Reforma en cuyo fondo se alza majestuoso en la colina histórica el Alcázar de Chapultepec, estaba abandonado y triste; la Aveniad de San Francisco, las calles preferidas de la alta sociedad, permanecían envueltas en silencio de tumba, con sus inmóviles bujías eléctricas á los lados.

La ciudad parecía aletarbada á primera vista; pero en su interior era presa de una conmoción hondísima; no había un hogar que estuviera tranquilo ni un cerebro quedescansara.

Todo México permanecía en vela; las noches eran interminables, los días horriblemente tristes; y en estas condiciones no se podía vivir más.

Poco tiempo antes de que se resolviera la situación, ya no era el terror de la guerra únicamente, el que fustigaba los espíritus; angustiaba pensar que el pueblo bajo se levantara por hambre y que el más espantoso saqueo diera fin á la situación.

Las puertas de los hospitales abriáanse constantemente para dar paso á un herido ó

un muerto que en brazos caritativos era conducido; ya para atenderlo y salvarle la vida, ya para sepultarlo.

Aurigas atrevidos conducían sus carruajes; y con la vida en un hilo y por sumas crecidas, transportaban de un lugar á otro á familias temerosas. Ayes desgarradores, sollozos entrecortados, amargas lamentaciones, dolorosos comentarios herían los oídos y partían el alma.

El eco del cañón y el matraqueo de la ametralladora dejaban de escucharse durante cortos intervalos de tiempo para reanudarse con más ímpetu, con más ardor, á los pocos instantes.

Pasaban los minutos, las horas, los días y el combate no terminaba. Carros de la basura pasaban lenta y lúgubrementemente por las calles de la ciudad conduciendo hacimientos de cadáveres, sin distinción de sexos ni de clases, que llevaban á incinerar á los campos de Balbuena.

Después este servicio fúnebre se hizo insuficiente para conducir tantos cadáveres, y en las propias calles cuerpos inmóviles y lívidos, carentes de existencia, eran quemados con cualquier combustible, que algún caritativo facilitaba en previsión de peste.

Las calles de la ciudad presentaban un aspecto macabro: la muerte sonreía con sonrisa trágica.

Las balas habían hecho víctimas en el interior de las mismas habitaciones; el fragor del combate era más intenso; tal parecía que el final de la tragedia había de ser la desaparición de la ciudad entera.



Licenciado don Francisco León de la Barra.

Las salas de los hospitales se hacían insuficientes para contener tantos heeridos, tanta víctima inocente del furor de la guerra.

La atmósfera con olor de pólvora y de tumba se hacía irrespirable.

La ciudad estaba convertida en cementeric; y los vivos parecían existir sobre la tierra para velar á los muertos únicamente.

Y en medio de este interminable acontecimiento que conmovió las desgarradas entrañas de la patria, surgió un fantasma envuelto en la bandera de las barras y las estrellas que amenazaba acabarlo todo, consumirlo todo, no dejar nada en pie. Y entonces fué cuando se pensó en el futuro, cuando acudió el cedebro entorpecido la idea. Y ante el horizonte obscuro que la vista contemplara los labios pronunciaron esta palabra que dictaba el alma: ¡Paz!

Fué el martes diez y ocho cuando la ciudad, haciendo un supremo esfuerzo para despojarse de la pesadilla que la había hecho presa, escuchó los gloriosos repiques de las campanas de los templos que anunciaban el derrocamiento del Gobierno, y prometían una futura era de tranquilidad y progreso.

El cañoneo había cesado; las calles eran invadidas de extremo á extremo por curiosos, en cuyos rostros se reflejaba la alegría. Las campanas continuaban repicando; la tranquilidad volvía á los espíritus lentamente; el entusiasmo fué desarrollándose, y de manera súbita el clamor del triunfo se escuchó por todos los rincones de la capital: ¡habría paz y justicia! la paz tan sinceramente anhelada, la justicia tan envilecida.

Los cañones permanecían mudos; los combatientes descansaban de las fatigas de la lucha; y de todos los labios, de todos los corazones, salían palabras de reconocimiento y gratitud para aquellos que habían devuelto la paz.

Sonó la hora del triunfo y todos se apresuraron á colaborar en la obra de la República para devolverle las energías perdidas, y la sangre derramada.

Y en los campos desiertos saturados de emanaciones insalubres, permanecían los cuerpos carbonizados; todos en macabro hacinaamiento. Las calles regadas con la sangre de los hermanos, volvieron lentamente á su habitual estado; el comercio abrió sus puertas nuevamente; y el sol, ese sol que no calentará en los días de la lucha fué benigno.

Las hadas bienhechoras cubrieron con sus mantos á los desvalidos y volvió la tranquilidad á los atribulados espíritus.

Y, como gloriosa clarinada, repercutió por todos los ámbitos la palabra: ¡Paz!...

Los días rojos

La noche se pasó relativamente en calma. Amaneció el miércoles sin que se hubiera registrado nada digno de mención.

En la Ciudadela se notaba la misma animación que reinara antes del combate. Motoristas, conductores y gente del pueblo se había presentado á los Generales Díaz y Mondragón para afiliarse en sus fuerzas. Varios motoristas fueron encargados para servir á los oficiales de las ametralladoras. El día anterior había sido desmontado hábilmente por los soldados felixistas un cañón del Gobierno que estaba haciendo numerosos disparos sobre la Ciudadela.

Una de las fases más interesantes del combate del miércoles, fué con duda el asalto al edificio de la sexta comisaría por parte de las fuerzas del Gobierno, que estaba en poder de los soldados felixistas.

Este edificio había sido objeto de las miras de ambos contendientes, pues su altura denominaba completamente las posiciones enemigas. Las fuerzas del Gobierno no se habían dado cuenta que este edificio estuviera en manos de los felixistas y por ello al pasar por las cercanías la columna del General Delgado, fué recibida por nutrido fuego.

El General Delgado, una vez pasada la sorpresa ordenó á sus fuerzas tomar la posición. Las órdenes fueron obedecidas inmediatamente y se hicieron varias descargas de Artillería y fusilería sobre la avanzada felixista

que estaba posesionada en aquel sitio, teniendo esta más tarde que abandonar aquella posición en vista de los disparos de la Artillería enemiga que habían hecho grandes estragos en la torre y el reloj del edificio y que empezaban á desmoronarse.

La columna trató de seguir su marcha sobre la Ciudadela después de haber dejado posesionados de la sexta Comisaría á un grupo de soldados federales; pero al llegar al jardín que está situado en la última de las calles de Revillagigedo se vieron obligados á retroceder por los certeros disparos en una avanzada felixista que se encontraba en las alturas de una casa de la calle de Pescaditos.

Cerca del medio día fué atacada la Ciudadela por la zona Sur, lo que obligó á los defensores del baluarte á contestar el fuego, haciendo funcionar sus cañones avocados hacia el ángulo Noroeste de la Cárcel de Belem. A los primeros disparos cayó un pedazo del muro que circunda el presidio por donde pudieron escapar varios centenares de presos que se presentaron más tarde á la Ciudadela, ofreciendo sus servicios. Otros pudieron huir en medio de las balas.

El General Angeles desde la calzada de la Teja hacía funcionar sus cañones con muy poco éxito y causando estragos en edificios de nacionales y extranjeros, ubicados en la Colonia Juárez.

Por disposición de la Secretaría de Guerra los alumnos del Colegio Militar regresaron el Castillo para defenderlo en caso del ataque que se decía era inminente. Los cadetes hicieron todos los preparativos de defensa ba-

jo la dirección del General Joaquín Beltrán que en otros tiempos estuviera al frente de ese Establecimiento Militar.

La Artillería de la Ciudadela durante el combate, había estado haciendo certeros disparos sobre las fuerzas del Gobierno, llegando varias metrallas hasta el Zócalo y siete á la puerta Mariana; una de estas metrallas llegó á estallar en un rincón de la entrada, hiriendo de gravedad á varios soldados que se encontraban de guardia.

Mariano Duque, el que en unión de Solón Argiuello instigara á la turba para incendiar los periódicos independientes, paseaba á ese día por las principales calles de la capital seguido de varios harapientos que lanzaban vivas á Madero, á la legalidad y al sufragio Efectivo.

A las once de la mañana los señores Embajador de los Estados Unidos, Ministro de España y Ministro de Alemania, se presentaron en el Palacio Nacional para hablar con el Presidente de la República, á fin de pedirle garantías y que no se disparara con dirección á las zonas donde no se combatía.

Igual visita hicieron los referidos diplomáticos al señor General Félix Díaz, el cual les prometió las más amplias garantías para sus nacionales. Los señores diplomáticos quedaron muy complacidos de esta entrevista.

Cuando se anunció la llegada de los señores representantes de Estados Unidos, España y Alemania, á la Ciudadela, un grupo de los revolucionarios formaron valla, para que pasaran los señores diplomáticos, á los cuales presentaron sus armas.

El General Blanquet no llegaba á la capital y se lanzaron variadas especies sobre el retardo de su viaje. Se aseguró que se negaba á pelear contra de los felixistas. Un periódico dijo qu el General Blanquet había recibido órdenes de continuar como jefe de las armas en el Estado de México, para que los zapatistas no se aprovecharan de su ausencia y tomaran la capital de aquella entidad.

El sol se encaminaba hacia su ocaso. No dejaban de escucharse los disparos de armas de fuego. Llegó la noche, y el combate no daba señales de suspenderse ni un instante.

Automóviles llevando á bordo militares, recorrían la ciudad.

A los hospitales y puestos de socorro llegaban en fúnebre é interminable cortejo, los heridos.

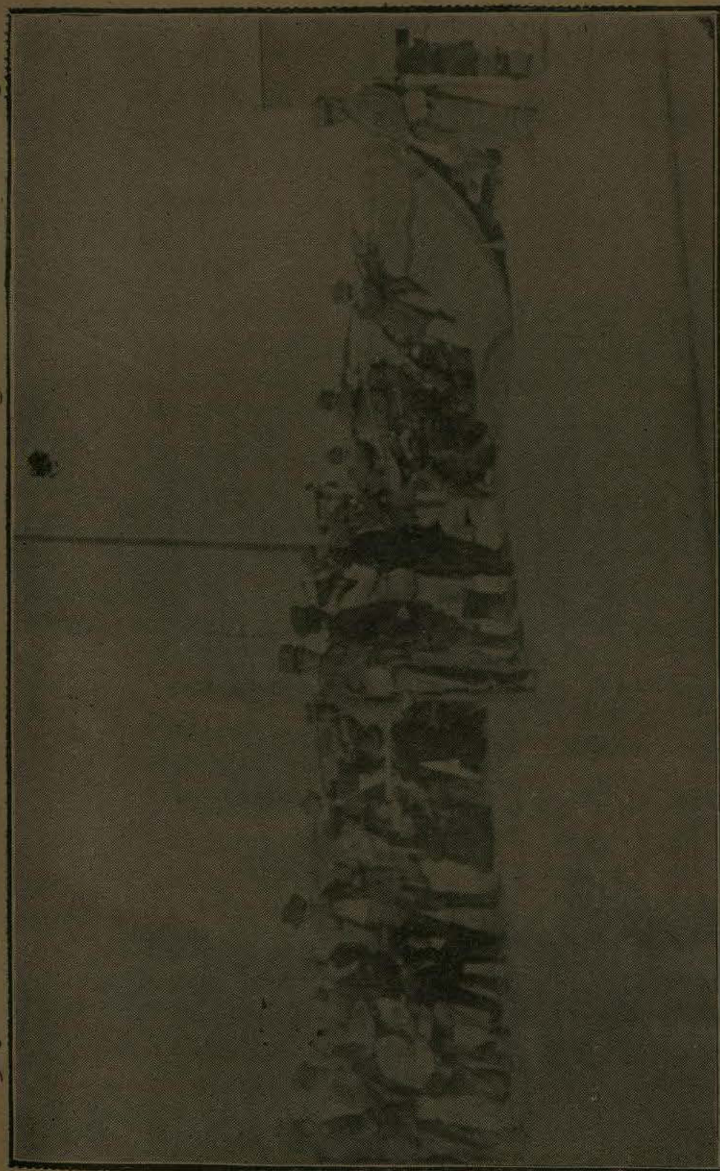
Todavía, como á la media noche, se percibía el lejano eco de los disparos de las fuerzas contendientes.

Llegó el jueves, precedido de tragedia, manchado de sangre.

En una junta militar de guerra celebrada el día anterior se había acordado que en esa fecha se bombardearía la Ciudadela en toda forma.

La noticia cundió por todas partes, sembrando la alarma y el pánico más indescriptibles. ¡La ciudad sin duda perecería bajo la terrible acción de los cañones!

Desde las primeras horas de la mañana principió el tiroteo entre las fuerzas enemigas. Las balas hacían horribles estragos; sembraban de cadáveres las calles. La gente huía. . . . huía de la ciudad hacia las poblaciones vecinas,



Voluntarios felixistas en la Ciudadela.

En aquella carrera loca, muchos hombres y mujeres perecieron.³

La alarma fué mayor en vista de la carencia de noticias. "El Mexican Herald" no salió ese día por disposición de las autoridades. Las noticias recogidas por Zea y Espinosa, los únicos repórters que se atrevían á todo para encontrar noticias, permanecían en los carnet. Zea y su compañero iban de un lado á otro; de extremo á extremo; del campamento federal al revolucionario, en demanda de noticias que sólo el cable transmitía con su laconismo á todos los países del mundo. Los dos informantes expusieron su vida. Zea estuvo á punto de ser fusilado por un grupo de agentes de la reservada, al salir del Restaurant Gambrinus.

"El Imparcial" tampoco salió ese día. Por más esfuerzos que hiciera Gonzalo de la Parra, al grado de ir á buscar en un vehículo á los operarios, y no pudo encontrar más que uno solo. . . . y era aprendiz.

El temor se hizo más intenso.

El cañoneo no cesaba ni un instante. En la esquina de la calle de Balderas se encontraba, al mando de una pieza de artillería el Teniente Ponce de León. El fuego del enemigo era cada vez más nutrido; el joven Teniente con valor temerario, quedaba solo manejando su pieza; ya le habían matado á todos sus hombres. Hizo un supremo esfuerzo para impedir el avance de las tropas enemigas, pero la superioridad numérica de ellas le obligó á regresar hasta la Ciudadela.

Y al frente de un grupo de rebeldes se dirigió á rescatar la pieza, estoicamente valeroso, lanzando vivas á la revolución.